

ménez se extraña de que nuestro gobierno no le pase una pensión, que le permita vivir sin preocupaciones económicas, entregado por completo a su obra.

—Que no lo hagan en España— dice—, se justifica; pero en esos países

nuevos, debía haber más preocupación por estas cosas. Además, Lugones es una personalidad excepcional, que no se da a cada momento, ni en cualquier parte.

(Ideas, Buenos Aires).

ANTE LAS HORDAS

EUROPA tiene tres puertas por donde puede invadirla y la ha invadido el Oriente más de una vez: las dos marítimas de Gibraltar y de los Dardanelos, y la terrestre y mucho más amplia y fácil que forma la llanura rusa del Dnieper, dilatada sin obstáculos, o casi, hasta el antiguo Turkestán de las hordas. Las guerras intestinas de los bárbaros y de las sectas cristianas abrieron la primera a los árabes en el siglo VIII, asegurándoles la conquista de España. Jerjes entró por la segunda que le franquearon los griegos divididos a muerte, en significativa coincidencia con el primer ataque cartaginés contra Sicilia; y los turcos del siglo XV repitieron la operación, favorecida por las discordias teológico-políticas de Bizancio. Dos veces quedó también abierta la tercera al empuje de las hordas tártaras que asolaron la Europa medioeval: en el siglo V, cuando la guerra civil producida por los cismas cristianos debilitó el poderío de Roma, y requiriendo el auxilio de los hunos atrajo a Atila que era un cosaco del Volga; y en el XIII, cuando las sanguinarias querellas del feudalismo ruso facilitaron el ataque del mongol Batý, que además de la inmensidad eslava, llevó por delante a Polonia, Hungría y Silesia, fundando al refluir el bárbaro imperio de la Horda de Oro cuyo dominio sobre Rusia fué de doscientos años.

Los acontecimientos que eslabonan dicha calamidad no pueden ser más instructivos en la ocasión. Sólo treinta y dos años habían transcurrido desde que los cruzados, al saquear Constantinopla (1204), suprimieron con aquella otra guerra, entre cristianos, la barrera que el Imperio Bizantino, siquiera decadente, oponía por su prestigio y su magnitud al desbordamiento de la barbarie. Los dos siglos que duró la Horda de Oro terminan, precisamente, con la caída de Constantinopla en poder de los turcos, gente del mismo origen. Pues, en efecto, aquella conquista allanó el camino a esta otra. Tal es el panorama histórico que sólo deseo esbozar para la más clara percepción de sus líneas, así como lo hiciera en 1912 con el de la guerra balcánica, deduciendo por él, según recordarán mis lectores, la fatalidad

inminente de la guerra europea. Si la historia sirve de algo, en eso consiste su utilidad.

El atento examen de lo que pasa al concluir esta nueva y como nunca destructora guerra de cristianos, sugiere la posibilidad de que Europa sufra otra vez el ataque de las hordas por el mismo punto. La desaparición de Austria y Turquía renueva el desastre bizantino. Rusia se halla como entonces devorada por la guerra civil y el ejército maximalista ha enrolado chinos en gran número. Vuelve a quedar abierta por la discordia aquella Hungría donde, coincidencia singular, gobernaba el rey Bela IV, que no pudo contener la invasión. Alemania está en iguales condiciones de anarquía, sin fuerza propia, como entonces, para oponerse a un avance parecido. Pues lo cierto es que si, a semejanza de nuestros malones, el ataque de aquellas hordas no ceja espontáneamente, hartos de botín y contenido por el mar como toda barbarie de tierra adentro, la Europa central sucumbe. Ya estaba, en efecto, dominada la costa báltica, que también hierva ahora de guerra civil, la navegación escandinava se suspendía y la propia Inglaterra aguantaba una crisis de su comercio marítimo, a causa de que por doquier considerábase perdido el mencionado centro continental.

Por otra parte, las hordas están ahí como entonces, en el mismo estado moral y sufriendo iguales miserias conducentes a una idéntica ilusión de saqueo. Constituyen vanguardia de las multitudes innumerables que forman el mundo chino. La influencia que sobre ellas ha ganado el Islam es otro elemento de orientalismo hostil. Grandes masas de turcos anarquizados irán a engrosarlas, no tardando en recobrar a su contacto las mal atenuadas tendencias originales. La propia organización política y territorial de la China que, prácticamente, es un socialismo milenario, facilitará su vinculación con el maximalismo ruso, acentuándola todavía el sistema republicano ahora vigente en aquel país. Pues aunque la China tártara se diferencia mucho de la central, o clásica, si se permite la expresión, el espíritu colectivista es en ambas semejante, al paso que la primera se conserva belicosa y

movediza. El famoso «peligro amarillo» está, pues, ahí; siendo curioso que el debilitamiento general de Europa ante su siempre posible agravación, lo haya causado con la guerra que provocara el Kaiser alemán, tan preocupado de eso, según decía. Es característica en el despotismo la ineptitud para interpretar las lecciones de la historia, y ello no debe extrañarnos, porque se trata de una enfermedad: una demencia que, fatal como todas, insiste en las mismas direcciones con pertinacia irracional, facilitando, así, el seguro diagnóstico. La locura del dominio universal, que enajena a Felipe II, a Napoleón o a Guillermo, adopta siempre el mismo plan conducente a idéntico fracaso.

El estado moral en que van a hallarse los pueblos, y que ya nos muestran en los países vencidos, contribuirá grandemente al éxito del ataque, si se produce: invencible cansancio de combatir, sobreviviente a toda larga guerra; exasperación consiguiente de las querellas intestinas: Lenin define al maximalismo como un vasto programa de guerra civil; odio a las instituciones sociales cuya progresiva inadecuación las torna cada vez más tiránicas, infundiendo una especie de funesta simpatía por la conquista destructora: los cristianos del siglo V vieron en Atila el «azote de Dios» que debía castigar la iniquidad romana; predominio del espíritu sectario sobre el patriótico, según debe esperarse en multitudes envilecidas por la inmoralidad teológica que el cristianismo fué y es; menosprecio de la vida, hartos miserable para estimada...

Semejante contingencia histórica importaría para América la ratificación de aquel destino manifiesto que a mi entender patentizase en la unidad conceptual y práctica de su libertad, su justicia y su derecho, inaugurando desde la emancipación por ella definida una nueva civilización sobre la tierra. Fundándola en los derechos del hombre, que, así, por ser hombre, resulta nuestro conciudadano, hicimos efectivamente posible la existencia simpática de la humanidad. Empezamos a reconstruir el mundo fraternal cuya fundación iniciaron con éxito desgraciadamente interrumpido, el helenismo y la latinidad paganos, contra y sobre el aislamiento medioeval que del feudo salteador engendrara a la nación bandida, tornando sinónimos el derecho y la fuerza. A la ilimitada soberanía, que es antisocial de suyo, opusimos la solidaridad, transformada en victoria por Bolívar y San Martín, y definida por Monroe en doctrina. Así pudieron coexistir, igualmente soberanos, El Salvador y los Estados Unidos. Y ésta última nación, con la clara inteligencia de las cosas que siempre poseyera,